

Los caminos del deseo. Una lectura de la novela *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo

Francisco López Casillas

Hay multitud de caminos: Hay uno que va para Contla; otro que viene de allá; otro más que enfila derecho a la sierra. Ése que se mira desde aquí, que no sé para dónde irá —y me señaló con sus dedos el hueco del tejado, allí donde el techo estaba roto—. Este otro de por acá, que pasa por la Media Luna. Y hay otro más, que atraviesa toda la tierra y es el que va más lejos.¹

El jardín de senderos que se bifurcan es una enorme adivinanza, o parábola, cuyo tema es el tiempo; esa causa recóndita le prohíbe la mención de su nombre. Omitir siempre una palabra, recurrir a metáforas ineptas y a perífrasis evidentes, es quizá el modo más enfático de indicarla [...] A diferencia de Newton y de Schopenhauer, su antepasado no creía en un tiempo uniforme, absoluto. Creía en infinitas series de tiempos, en una red creciente y vertiginosa de tiempos que se aproximan, se bifurcan, se cortan o secularmente se ignoran, abarca todas las posibilidades. No existimos en la mayoría de esos tiempos; en algunos existe usted y no yo; en otros, yo, no usted; en otros, los dos. En éste, que un favorable azar me depara, usted ha llegado a mi casa; en otro, yo digo estas mismas palabras, pero soy un error, un fantasma.²

Parfraseando a Borges y Rulfo: existen una multitud de caminos en un análisis literario, tal vez todos se bifurcan o pasan por la Media Luna, pero

¹ Juan Rulfo. *Pedro Páramo*, pág. 54.

² Jorge Luis Borges. *Obras completas*, pág. 479.

hay que elegir uno, porque “no se puede decir todo” (Lacan). No poder decir todo nos marca la imposibilidad de dar cuenta del escrito literario como un hecho real, es decir, lo real del escrito está plasmado por Rulfo, él y sólo él conoce sus fantasías, pasiones, amores y desamores, etcétera, que imprime a su obra literaria.³ La novela *Pedro Páramo* es en sí. Rulfo imprime en el acto de escritura su placer con el único fin de convocarnos a entablar un diálogo sobre su escrito. Nosotros, sus lectores, somos los que nos enfrascamos en una relación de placer, esperamos encontrar algo que nos inquiete, que nos llame, para poder elegir un camino que nos remita a transcribir esta relación de placer en un acto de escritura. Al respecto Roland Barthes en su libro *El placer del texto* nos dice:

Si leo con placer ésta frase, esta historia o esta palabra es porque han sido escritas en el placer (este placer no está en contradicción con las quejas del escritor) Pero ¿y lo contrario? ¿Escribir en el placer, me asegura a mí, escritor, la existencia del placer de mi lector? De ninguna manera. Es preciso que busque a ese lector (que lo rastree) sin saber dónde está. Se crea entonces un espacio de goce. No es la ‘persona’ del otro lo que necesito, es el espacio: la posibilidad de una dialéctica del deseo, de una imprevisión del goce: que las cartas no estén echadas sino que haya juego todavía.⁴

Jugar con el escrito es lo que me convoca el texto de *Pedro Páramo*, hablar sobre ese vacío que dejó la imposibilidad de conocer el placer que le imprimió a su obra con mi placer.⁵ Por ello, por el placer que me inspira la búsqueda del objeto perdido, aquel que imaginariamente creímos tener, es que determino elegir un camino en la construcción de mi discurso. Éste, se centra en la figura de Juan Preciado. Por medio de él quiero dar cuenta de dos veredas que se cruzan en mi camino: la primera que denomino “la conformación de la demanda por el deseo de otro” y la segunda “La tragedia como conformación de un destino”. Recordemos que las veredas son caminos que se bifurcan, nunca van separados, siempre se entrelazan.

³ Borges en su cuento “Pierre Menard el autor del Quijote” nos da cuenta de la imposibilidad de vivir los momentos históricos que conducen al autor a escribir su obra. Cuando esto se intenta ya no es la obra monumental de Cervantes, sino la de Menard. Y si entiendo el sarcasmo de Borges podríamos decir: ya no es Cervantes el autor, eso es pasado, ahora es Menard, porque así es reconocido por su público de lectores, en éste su presente.

⁴ Roland Barthes. *El placer del texto*, pág. 25.

⁵ Recordando a Foucault en su texto *¿Qué es un autor?:* “En la escritura no se trata de la exaltación del gesto de escribir; no se trata de la sujeción de un sujeto a un lenguaje; se trata de la apertura de un espacio en donde el sujeto escritor no deja de desaparecer” págs. 11-12

El sujeto se agota en la persecución del deseo del otro, que jamás podrá captar como su propio deseo, porque su propio deseo es el deseo del otro.

J. Lacan

¿Cómo entender el deseo si no como un deseo de otro? Juan Preciado acude a Cómala por la demanda de un otro: su madre: “*No dejes de ir a visitarlo —me recomendó—. Se llama de este modo y de este otro. Estoy segura que le dará gusto conocerte*” (p. 7). Es así que llega a Cómala cargado de recuerdos, recuerdos que no son suyos: “*Yo imaginaba ver aquello a través de los recuerdos de mi madre; de su nostalgia, entre retazos de suspiros[...] Traigo los ojos con que ella miró estas cosas, porque me dio sus ojos para ver[...]*” (p. 8). Pero los ojos y los oídos de Juan Preciado no ven ni oyen lo que su madre, con sus recuerdos, describía: “*Allá me oirás mejor. Estaré más cerca de ti. Encontrarás más cercana la voz de mis recuerdos que la de mi muerte, si es que alguna vez la muerte ha tenido alguna voz*” (p. 12). Y efectivamente, Juan Preciado escucha la voz de los muertos, aquellos que conocieron a su madre, aquellos que se relacionaron con su padre Pedro Páramo. ¿Pero, cómo poder escuchar la voz de los muertos, bajo qué arte es posible?

Los gritos, los susurros, aquellos paisajes lúgubres que Juan Preciado se encuentra en su caminar hacia... la muerte, son resignificaciones de la demanda que su madre imprime a sus sueños e ilusiones (p. 7) que empezó a formarse sobre la figura de su padre: “*Hubiera querido decirle: te equivocaste de domicilio. Me diste una dirección mal dada. Me Mandaste al ‘¿dónde es esto y dónde es aquello?’ A un pueblo solitario. Buscando a alguien que no existe*”. El encuentro con cada uno de los muertos-fantasmas (¿o vivos?) es antecedido por los murmullos los ruidos son la parte fundante de la resignificación, son el paso entre la vida y la muerte.

Este pueblo está lleno de ecos. Tal parece que estuvieran encerrados en el hueco de las paredes o debajo de las piedras. Cuando caminas sientes que te van pisando los pasos. Oyes crujidos. Risas. Unas risas ya muy viejas, como cansadas de reír. Y voces ya desgastadas por el uso. Todo eso oyes. Pienso que llegará el día en que estos sonidos se apaguen (p. 45).

Y así fue, Juan Preciado, al morir, deja de sufrir, de angustiarse por la presencia de los fantasmas, de los ruidos y de los rumores. “*Es cierto Dorotea me mataron los murmullos. Aunque yo traía retrasado el miedo. Se me había venido juntando, hasta que ya no pude soportarlo. Y cuando me encontré con los murmullos se me reventaron las cuerdas*” (p. 62).

Peró ¿cómo entender el destino trágico sin la presencia de los murmullos que anuncian la muerte de Juan Preciado? Sólo tengo una respuesta: nosotros caminamos entre la vereda de los murmullos, luchamos contra esos murmullos que nos anuncian la presencia de la muerte. Vivimos con y para la muerte.⁶

Es trágico por la presencia de los murmullos, entonando sus cánticos como en la tragedia griega, anunciando la cercanía de la muerte. Y es su destino, porque a la vez no le pertenece, es de otro.

“Mi madre me lo dijo. Y yo le prometí que vendría a verlo cuando ella muriera[...] No vayas a pedirle nada exígele lo nuestro. Lo que estuvo obligado a darme y nunca me dio (p. 7)[...] El abandono en que nos tuvo, mi hijo, cóbraselo caro” (p. 23).

Y efectivamente, fue a cobrárselo. ¿Qué podría darle Pedro Páramo a Dolores-Juan Preciado, si su amor estaba con Miguel Páramo y con Susana Sanjuan? Lo que podía dar a todos los hombres y mujeres de Cómala: la muerte.

Salí a la calle para buscar el aire; pero el calor que me perseguía no se despegaba de mí. Y es que no había aire; sólo la noche entorpecida y quieta, acalorada por la canícula de agosto. No había aire. Tuve que sorber el mismo aire que salía de mi boca, deteniéndolo con las manos antes de que se fuera. Lo sentía ir y venir, cada vez menos; hasta que se hizo tan delgado que se filtró entre mis dedos para siempre (p. 61).

Juan Preciado llega a su destino, a un destino trágico que no es suyo, sino el añorado por Doloritas: “Mi madre, que vivió aquí sus mejores años en este pueblo y que ni siquiera pudo venir a morir aquí. Hasta para eso me mando a mí en su lugar”.

El destino trágico, como en las tragedias griegas, lleva tres connotaciones en la novela: una es la demanda, aquella que uno no sabe que

⁶ Freud, en su artículo “Más allá del principio del placer”, nos dice sobre la pulsión de muerte: “Nuestra consciencia no transmite desde adentro las sensaciones de placer y displacer, sino también las de una peculiar tensión, que a su vez puede ser placentera y displacentera [...] tiene que llamarnos la atención que las pulsiones de vida tengan muchísimo más que ver con la percepción interna; en efecto se presentan como revoltosas, sin cesar aportan tensiones cuya tramitación es sentida como placer, mientras que las pulsiones de muerte parecen realizar su trabajo en forma inadvertida. El principio del placer parece estar directamente al servicio de las pulsiones de muerte [...] pero muy en particular con relación a los incrementos de estímulo procedentes de adentro, que apuntan a dificultar la tarea de vivir” Sigmund Freud. “Más allá del principio del placer”, en *Obras Completas*, pág. 61.

tiene que cumplir, en este caso la muerte; la segunda, el acompañamiento que los coros-murmullos, van escenificando el acercamiento hacia el destino y, tercera, el cumplimiento de la demanda. Juan Preciado acude puntualmente al llamado de un otro, pero Juan Preciado, a pesar de estar muerto, sigue presente desde su tumba acompañado de Dorotea, aquella que también vivió, como Juan, con una ilusión. Sus sueños “el maldito y el bendito” son simples resignificaciones de la imposibilidad de las cosas. Es bendito porque cree tener el hijo, es maldito porque sus sueños se esfumaron y nunca fueron posibles. Juan Preciado va en busca de su padre, nunca lo encuentra, sólo en sueños, en fantasmas que le resignifican su presencia. La ausencia hace presencia. Por ello, desde la tumba y acompañado de Dorotea, de alguien que vivió con una ilusión, encuentra la causa de su muerte: el amor de Pedro Páramo por Susana Sanjuan. A veces, el sentido humano del amor provoca la muerte.

La vida es eso: un rodeo obstinado, por sí mismo transitorio, caduco y desprovisto de significación ¿Por qué razón en ese punto de sus manifestaciones llamado hombre, algo se produce que insiste a través de esa vida y que se llama sentido? Nosotros le decimos humano, pero, ¿es esto tan seguro? ¿Es tan humano el sentido? Un sentido es un orden, es decir, un surgimiento. Un sentido es un orden que surge. Es él una vida insistente en entrar, pero él expresa quizás algo que está totalmente más allá de ella, pues cuando vamos a la raíz de esa vida, y detrás del drama del paso a la existencia, sólo encontramos la vida unida a la muerte. A esto nos conduce la dialéctica freudiana.⁷

⁷ J. Lacan. “El Yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica”, en *El seminario* 2, pág. 347.